

EL TEXTO DE LOS LIBROS

José María Muría

"La historia es de quien la trabaja "

(Helguera, 1992)

Pablo Picasso solía decir que le había costado muchos años aprender a pintar como los niños. Viene a cuento este recuerdo con motivo de la polémica que se ha desatado con los nuevos libros de texto de historia de México, obligatorios para toda aquella criatura que curse la segunda mitad de la escuela primaria mexicana.

Estoy al tanto de los impetuosos ataques que han sufrido dichas obras y me pienso sumar a ellos, mas no con poderosos disparos de cañón, sino apenas con una modesta y anticuada resortera. No con ánimo de integrarme a la lucha por la sucesión presidencial -que, se dice, está implícita en la polémica-, sino tan sólo por aportar mi modesta apreciación provinciana. Vale insistir en que, de nueva cuenta, no se ha recabado opinión alguna de los mexicanos que vivimos fuera de la capital. Una vez más, nos queda el derecho a patear y la obligación de obedecer.

Escribir para los niños no resulta tan sencillo como aparenta. En primer lugar, porque no son idiotas, y en segundo, porque tienen una capacidad de retención enormemente superior a la de los adultos que nos hemos abrogado el derecho de dictar y dictaminar lo que deben aprender.

Es evidente que en los libros escolares cada palabra cuenta. Cuando se escribe para un grupo de especialistas en alguna materia pueden decirse muchas cosas sin que haya peligro de causar gran daño, pero escribir para 2 millones de niños es una cosa muy seria que, me parece, debería llevarse a cabo con extraordinaria cautela y sumo rigor. Es evidente, también, que se debe adecuar la información al código que han alcanzado a conformar los niños en su edad, pero no escribir para ellos como si no fuesen capaces de comprender. Obligación del maestro y del autor es hacerse entender para desarrollar la explicación de nuestro pasado, no omitir lo importante si no sabemos manejarlo según las reglas del infante.

Mi principal censura a los ameritados autores de estas obras es la precipitación que trasluce, crimen que, por cierto, es más imputable a los tiempos políticos que a los escribientes mismos. Estoy absolutamente seguro de que cada uno, por sí solo, sería capaz de enmendar mucho de lo que se les ha repudiado. Sin embargo, el daño que pueden causar no es justificable por las prisas.

"En cada página hay, por lo menos, un error grave", decía un destacadísimo historiador capitalino que pasó por Zapopan recientemente. Tal vez exagera en cuanto a la gravedad de *todos* los errores, pero en lo que a mí concierne, puedo decir que casi en cada página hay algo que, desde mi modesta perspectiva provinciana, sugeriría modificar. Son cambios que no sólo atañen al contenido historiográfico, por supuesto, sino que abarcan desde palabras mal usadas, textos fuera de lugar o que no vienen al caso, párrafos casi ininteligibles y algunos datos erróneos, hasta cuestiones tipográficas e, incluso, láminas que se repiten en los tres libros, lo cual constituye uno de varios testimonios evidentes de una escasez de imaginación de quienes concibieron la parte gráfica o, lo que es más probable, de la rapidez con que tuvieron que trabajar. Pero volvemos a lo mismo: los niños no tienen porqué sufrir las consecuencias de los apresuramientos, de manera que, a lo mejor, hubiera sido adecuado que algunos de ellos hubiesen tenido también la oportunidad de opinar y algunos maestros la de hacer aplicaciones experimentales y sugerir correcciones. Quiero, por otro lado, decir algo en favor de los hacedores de estos libros, aparte de lo que disculparlos pueda el poco tiempo disponible, y es que tuvieron que partir prácticamente desde cero, pues casi no hay antecedentes que hubieran podido servir de base.

Quienes ahora emprendan la tarea de deshacer el entuerto, así sean ellos mismos, tendrán un buen punto de partida. Es a todas luces loable que se haya vuelto a la enseñanza de la historia de México sin tapujos ni disimulos. Es, además, plausible que se haya hecho un esfuerzo por superar una acartonada y maniquea visión del pasado que aún domina en el ánimo nacional. ¡Qué bueno que se haya hecho un esfuerzo económico para que tales libros gratuitos tuviesen una mejor y más llamativa presentación! Lástima que no haya culminado con el éxito que la empresa merece.

¿Le ha sucedido a usted que se le pasme un estornudo? Así me sentí cuando terminé de revisar un ejemplar de los muchos miles que se imprimieron de cada uno de estos libros de texto.